



Sylvia De Castro Korgi
Psicóloga, Psicoanalista. Profesora de la Escuela de Estudios de Psicoanálisis y Cultura.
Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia

El declinar del padre

I. El Padre: referencia fundadora del orden humano

Una pregunta se impone a la reflexión del psicoanalista ante la eclosión de las formas de violencia que afectan a la sociedad colombiana contemporánea: ¿en qué se sostiene la condición de la existencia de los hombres, cuyo requisito necesario es la institución de la prohibición, en un momento histórico en que el predominio del goce excesivo en lo real pone en evidencia la caducidad de las referencias simbólicas que en épocas anteriores operaron para ordenar sus palabras, sus actos y sus relaciones?

La pregunta formulada no está destinada a ser contestada en este trabajo; opera como apertura de un campo de reflexión cuyo eje central, en un momento preciso del recorrido de Freud a Lacan, el psicoanálisis designa en términos de la función del Padre.¹ El Padre en psicoanálisis es, propiamente, la institución de la prohibición, la inscripción de la Ley en el sujeto, una función que opera como obstáculo a la hegemonía del goce separando al sujeto de la pulsión asesina y del deseo incestuoso, permitiéndole el pasaje del registro del actuar al de la palabra. Pulsión asesina y deseo incestuoso son los dos tabúes a cuya creación Freud reconduce los comienzos de la cultura, las dos prohibiciones fundantes de la eticidad, de la religión y del derecho, y los dos deseos que descubre, reprimidos, en el complejo de Edipo.

Atendamos por ahora al carácter fundacional de lo humano que se le asigna a la prohibición. Al decir del psicoanalista y jurista Pierre Legendre,² toda sociedad construye referencias simbólicas y discursos fundadores, sobre los cuales ordena las relaciones entre los hombres, exigiéndoles la renuncia a la omnipotencia imaginaria como requisito para asumir los límites que impone la prohibición, como requisito, entonces, para asumir su condición de humanos.

1 Este momento preciso corresponde a la reformulación por Lacan del Edipo freudiano en términos de la metáfora paterna.

2 Cfr. Legendre, P. *El crimen del cabo Lortie. Tratado sobre el Padre*, Siglo XXI, México, 1994.



Estos discursos fundadores son el espacio de la Referencia Absoluta, mítica por lo tanto, instancia tercera de poder separada de la especie humana, constituyente de la Ley de los sujetos en tanto que hablantes, que les ordena el sacrificio de la omnipotencia y los hace deudores de un legado que deben transmitir. Es lo que el psicoanálisis llama la castración simbólica.

El desarrollo que Legendre presenta de este asunto tan complejo como es el de la institución de la prohibición en lo humano para que la vida sea posible, lo conduce a atender al fundamento mismo de la prohibición: la representación del Padre. El padre nos es mostrado como la referencia fundadora, sea cual sea el valor que tome en las distintas versiones culturales. La radicalidad de esta afirmación es tal que, de no tomarla en consideración, nos dice, no podría entenderse cuál es la función del padre ni a qué desastre humano su representación hace barrera y, por otro lado, se perdería de vista el terreno sobre el cual se realiza la representación del sujeto humano en la sociedad. Se trate de la vida o de la muerte, en otros términos, de la prohibición o de la subversión de la prohibición, de las palabras instituyentes que humanizan o de las palabras asesinas, la representación del padre es insoslayable en su valor fundador, mítico, incluso sagrado. De aquí que la cuestión del padre se preste de entrada a una reflexión no sólo inevitable sino esencial, a la base de todo cuestionamiento de nuestro tiempo y de su malestar en lo relativo a la humanización o deshumanización de las nuevas generaciones.

De entrada, pues, asesinato e incesto no son un puro asunto de prohibiciones reglamentadas y eventualmente reformuladas por los códigos legales. De ahí que nos causen conmoción, por ejemplo, los debates que se han realizado en nuestro país en torno a una posible consideración del incesto como algo no punible si se demuestra su realización por consentimiento mutuo, en cuyo caso caería dentro de la noción de la “libre expresión de la personalidad”.

O las formas cínicas como los grupos y las fuerzas armadas en conflicto acomodan a su arbitrio los límites de la legalidad moderna -en este caso, los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario-, para justificar los asesinatos. Asesinato e incesto son actos que exigen ser puestos en relación necesaria con la institucionalización de la prohibición en la humanidad, con la Ley y con su transmisión, asunto éste último que implica al Padre como representante de la Ley; diríamos, en términos freudianos, como representante de la representación.

Siguiendo a Legendre, todo discurso fundador está articulado sobre una mitología de la que procede la referencia institucionalmente construida, en virtud de la cual se inscribe el *nombre de...* fundador y garante de la prohibición. En el campo



psicoanalítico, el acontecimiento de *Tótem y tabú* vendría a ocupar el lugar del discurso fundador en cuanto que reenvía al autor mitológico de la Ley. En verdad, el asesinato mítico del padre, el padre muerto, instituye la Ley primordial, de la que Lacan aporta una definición precisa cuando sostiene que “es aquella que al reglamentar la alianza sobrepone el reino de la cultura al reino de la naturaleza”;³ una ley idéntica a un orden de lenguaje, que instituye la cadena genealógica a través de las nominaciones de parentesco y de la cual la prohibición del incesto es su resorte subjetivo.⁴

El parricidio original sitúa al Padre en el discurso del mito como inscripción fundadora de la función paterna que encuentra su fundamento en nombre de la Ley. Y puesto que en el mito no se trata de la dimensión real del asesinato, el Padre es una metáfora: ante todo, metáfora de la creación de un sentido nuevo en la cultura humana, de una dimensión nueva que instauro la paternidad como esencialmente diferente del orden biológico de la reproducción.

Por eso, dice Lacan, el padre entra en la vida del hombre por intermedio de la *significación última de la representación de padre*, referencia simbólica que ordena los hechos en una estructura humanizada de lo real. “El padre es una realidad sagrada en sí misma, más espiritual que cualquier otra, porque nada en la realidad vivida implica, (...) su función, su presencia, su dominancia”.⁵

El discurso fundador instituye al Padre como representante de la Ley, como tercero social de la palabra en la cultura y para cada sujeto, garante del orden de las filiaciones, es decir, garante de lo que Legendre llama el conjunto de los procedimientos simbólicos necesarios para la diferenciación de las generaciones. Así pues, el Padre del texto mítico instauro la existencia del padre simbólico en la complejidad de la problemática edípica a través del discurso del padre concreto en donde se constituye cada sujeto llamado a vivir un destino de sujeto: ordenado de acuerdo a las leyes del lenguaje y del parentesco. El padre simbólico representa la referencia, de la cual obtiene su calidad de padre y el fundamento de su autoridad. La representa como Nombre-del-Padre, y es en tanto tal, como significante primordial, que interviene en la cadena sustituyendo mediante una operación metafórica al significante del deseo de la madre. La metáfora paterna, al efectuar el corte del sujeto con la madre,

3 Cfr. Lacan, J. “El psicoanálisis y su enseñanza” (1957) en *Escritos I*, Siglo XXI Editores, México, 1990, 431.

4 Cfr. Lacan, J. “Función y Campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis” (1953) en *Op. Cit.*, 266.

5 Lacan, J. *El Seminario, Libro 3: Las psicosis* (1955-1956), Paidós, Barcelona, 1985, 308.



introduce en él la dimensión de la falta por la que, dice Lacan, “el viviente, porque es humano, o sea, porque está en relación con el lenguaje, se percibe como excluido de la omnitud de los deseos, como algo limitado, local, como una criatura; dado el caso como un eslabón en el linaje vital, uno más que pasa por la vida”.⁶

De faltar el referente fundador, el padre es destituido en cuanto tal. Destituido el padre, la imagen máxima de la omnipotencia, con sus efectos mortíferos, toma su lugar. Y si no hay padre todo el edificio del mundo se derrumba... ¿Cómo situar, entonces, la fórmula *una sociedad sin padre* que asume cierto carácter conclusivo en el pensamiento contemporáneo y que muestra al padre como aquel que no cumple su papel o su función -nunca se sabe muy bien- sea por su ausencia o por su presencia caracterizada por el incumplimiento de sus obligaciones y sus responsabilidades, cuando no por un exceso de brutalidad en su comportamiento?

Es este un tema que, promoviendo a un lugar central la problemática del padre y la pérdida de su lugar en la familia y en la sociedad, aglutina una variedad de ideas recibidas de diferentes discursos más y menos rigurosos, algunos moralizantes, que recurren a consideraciones históricas sobre la familia patriarcal en Occidente, que sitúan la constatación de la que se hacen eco en relación con la crisis de la familia tradicional, la pérdida de la autoridad del padre y la correlativa avanzada de las mujeres en la sociedad, que califican al padre en cuestión como carente, que se lamentan sobre la desaparición del padre apoyándose en la ilusión de un posible retorno a tiempos mejores.

Frente a un tal estado de complejidad, apenas tendré la ocasión de aproximarme a la cuestión tratando de precisar el valor y el lugar del fenómeno de la decadencia paterna, a la luz de la noción de Padre como condición de posibilidad de la sociedad humana y del sujeto de la palabra, para plantear al final, atendiendo a un fenómeno social de violencia en nuestro país, la incidencia de la carencia de su función.

Retengamos por ahora que la restitución del alcance de la noción de padre es solidaria, en Lacan, de la puesta en primer plano de la relación del hombre con el significante, como instituyente de las situaciones generadoras de la humanidad.⁷ Es en torno a las nociones de significante, función del padre y falo, que Lacan podrá, en el período que me ocupa de sus elaboraciones, otorgar al padre un papel funda-

6 Lacan, J. *El Seminario, Libro 5: Las formaciones del inconciente* (1957-1958) Paidós, Barcelona, 1999, 473.

7 Cfr. Lacan, J. *El psicoanálisis y su enseñanza*, Op. Cit., 431.



mental y, de paso, desenredar la madeja en la que la noción misma ha caído en desuso en nuestra época, articulando para esto la formulación del Edipo, el complejo de castración y el único mito de la modernidad, tal como él llama a la construcción freudiana de *Totem y Tabú*.

II. El declinar del padre

En 1938, en un texto titulado *Estudio sobre la Institución Familiar*, Lacan subrayó la degradación del padre en la familia y la sociedad, e inscribió en este fenómeno el surgimiento del psicoanálisis, en el horizonte del pensamiento moderno occidental que en el ocaso del siglo XIX constató una crisis condicionada por el retorno sobre el individuo de los efectos extremos del progreso, a propósito de la industrialización y de la concentración económica, crisis cuyos ecos afectaron a la sociedad en su conjunto. Lacan destaca la forma psicológica y socialmente inevitable del fenómeno: la decadencia de la autoridad del padre, el “declinar de la imago paterna”, y rinde un homenaje a Freud, quien en el clímax mismo de este declinar inventó el complejo de Edipo como un reconocimiento de la carencia del padre y de sus consecuencias sobre el sujeto, tal como éstas se le revelaron desde un comienzo, en dependencia estrecha con las condiciones de la familia.

“Nuestra experiencia -dice Lacan- nos lleva a designar su determinación principal en la personalidad del padre, carente siempre de algún modo, ausente, humillada, dividida o postiza”.⁸ Llama la atención que en esta serie no incluya una referencia que luego utilizará para cuestionar la idea de la carencia paterna en cuanto que ella misma fue destacada a propósito del exceso del padre, del padre terrorífico, considerado como el elemento lesional según la primera teoría freudiana de la neurosis.

Por ahora podemos preguntarnos qué rodea el primer planteamiento lacaniano sobre la carencia paterna y si bien el examen de este asunto excede los límites del presente trabajo, algunos elementos vienen en nuestra ayuda. En efecto, un debilitamiento de la autoridad paterna se produjo en el ámbito social -a finales del siglo XIX- que, con todo y sus avatares, culminó bien entrado el siglo XX en los enunciados jurídicos que sustituyeron la patria potestad por la autoridad parental. Consideraciones por los derechos de las mujeres y de los hijos, en contra de su sumisión a la autoridad del padre de familia, contribuyeron de manera significativa a la transformación.

8 Lacan, J, *Estudio sobre la institución familiar*, Editor 904, Buenos Aires, 1977, 72.



De ésta, fijada en palabras, parece surgir la noción de padre carente, del padre humillado, según la expresión de Claudel. Así pues, interrogando esta problemática de “fin de siglo” y bajo los ecos de quienes habían profetizado la declinación irreversible del patriarcado como símbolo de la conciencia occidental advirtiendo acerca del peligro de un matriarcado que encarnara la omnipotencia irracional de las fuerzas de la naturaleza, Lacan finaliza su artículo con una constatación pesimista en lo relativo al devenir de la sociedad. El problema reside, según dice, en la confiscación por la madre de la autoridad paterna. “Por este camino se riza el rizo, volvemos al estado de naturaleza”, sostendrá posteriormente.⁹ ¿No resuena a la base de todo esto la famosa cita de Freud acerca del triunfo de la espiritualidad sobre la sensualidad asegurado por la vuelta de la madre al padre? “Un progreso de la cultura, pues la maternidad es demostrada por el testimonio de los sentidos, mientras que la paternidad es un supuesto edificado sobre un razonamiento y sobre una premisa”.¹⁰

En este momento de su elaboración Lacan no ha arribado a una perspectiva estructural de la función paterna; no hay, propiamente, ruptura con respecto a las perspectivas antropológicas, sociológicas, etnográficas, que apuntalan una visión “familiarista” de la cuestión. Pero el camino posterior queda aquí trazado y en principio por el hecho de que puede desplazarse de la consideración histórica, evolucionista, de las formas familiares, del matriarcado y del patriarcado, para sostener el advenimiento de la autoridad paterna en los mitos fundadores de la cultura occidental. Y todos estos mitos, cualquiera sea su forma, nos dice, “se sitúan en el alba de la historia, muy lejos del nacimiento de la humanidad...”¹¹ Esta afirmación quedará pronto redoblada por otra: “en el Nombre-del-Padre es donde tenemos que reconocer el sostén de la función simbólica que desde el albor de los tiempos históricos, identifica su persona con la figura de la ley”.¹²

De ahí en más, apoyada sobre el interrogante freudiano ¿qué es un padre?, la reflexión de Lacan acentúa este aspecto de la carencia paterna, pero siempre en tensión con el valor simbólico esencial que adjudica al Padre en el Edipo. Sostiene entonces que la experiencia misma está tendida entre una imagen del padre,

9 Lacan, J. *El Seminario, Libro 2: El yo en la teoría de Freud (1954-1955)* Paidós, Barcelona, 1984, 393.

10 Freud, S. “Moisés y la religión monoteísta” en *Obras Completas*, Tomo XXIII, Amorrortu, Buenos Aires, 1980, 110.

11 Lacan, J. *Estudios sobre la institución familiar*, Op. Cit, 66.

12 Lacan, J. *Función y campo de la palabra...* Op. Cit, 267.



degradada en nuestra historia, y su función, cuya dimensión la experiencia analítica permite captar en otro registro puesto que, de todos modos, “de manera casi clandestina, instituye en la dimensión de las relaciones humanas fundamentales a quien está en la ignorancia y lo prepara para lo que puede llamarse el acceso a la conciencia, (...), a la toma de posesión de la condición humana”.¹³

Entonces, no obstante la constatación de las modificaciones en lo atinente a la versión social del padre, la carencia no se confunde con su función. Solo que estando ésta vinculada, por la vía de la interdicción del incesto, con la marca de lo natural en lo humano, supone un recubrimiento de lo real por lo simbólico, recubrimiento “absolutamente impensable en una estructura social como la nuestra, en la que el padre es siempre, en algún aspecto, (...) discordante en relación a su función”;¹⁴ otra vez, aquí, un padre carente, humillado, más adelante, un “pobre hombre provisto de inconsistencias, como todo el mundo”.¹⁵ En este intervalo marcado por la discordancia y la inconsistencia se sitúa el complejo de Édipo, siempre inacabado, frecuentemente patógeno, digamos mejor, atípico. Desde ya podemos derivar la separación entre la función y el ser y, en consecuencia, la carencia del padre es cuestión del padre real, una carencia estructural. Pero esto exige una vuelta más en la espiral de la reflexión. La ruptura con las perspectivas “familiaristas” se instala una vez que se hace intervenir la estructura: “una ley, una cadena, un orden simbólico, la intervención del orden de la palabra”.¹⁶

Si para cada hombre el acceso a la posición paterna es una búsqueda, si ser padre no es pensable en ningún modo en la experiencia humana sin la categoría de significante, en realidad, nadie puede decir que lo ha sido por completo.¹⁷ El padre lo es sólo en la medida en que las instituciones le confieren, no su papel, lo cual reduciría las cosas a un asunto meramente sociológico, sino su nombre.¹⁸ Aquí se sitúa la verdadera dimensión de la paternidad: el padre no es simplemente el generador. Es posible que el padre falte a este nivel pues los avances de la ciencia pueden hacer

13 Lacan, J. “El mito individual del neurótico” (1953) en *Intervenciones y Textos*, Manantial, Buenos Aires, 39-40.

14 *Ibíd.*, 56.

15 Lacan, J. *El Seminario. Libro 2* Op. Cit, 388.

16 Lacan, J. *El seminario. Libro 3* Op. Cit, 139.

17 Cfr. Lacan, J. *El Seminario. Libro 4: La relación de objeto* (1956-1957), Paidós, Barcelona, 1994, 207.

18 Cfr. Lacan, J. *El Seminario. Libro 5*, Op. Cit, 186.



intervenir elementos masculinos que desempeñan el papel fecundante, pero sólo la introducción del significante estructura el proceso, efectúa el corte que marca la diferencia de generaciones. Lacan advierte que el empeño de la ciencia en la búsqueda biológica de la paternidad tiene incidencias ineludibles sobre los fundamentos de lo humano porque desconoce que sólo simbólicamente se puede sostener que el padre es el pivote alrededor del cual gira todo el campo de la subjetividad.¹⁹ Este es el verdadero alcance de la noción del padre incierto pues “Antes de que lo sepamos de fuente fidedigna, el nombre-del-padre crea la función del padre”.²⁰

En este orden de ideas, dice Legendre que el padre es siempre incierto porque es una función que debe conquistarse sobre un forzamiento, nunca logrado por entero, que es el de sucesión del lugar de hijo. Cuando un hombre se convierte en padre, él no está ligado de manera automática al hijo en el lugar de padre: debe morir como hijo para acceder a ese lugar y esto no es posible más que si su propio padre le cedió su lugar de niño.

Por aquí empieza el imperativo de diferenciación entre las generaciones, por aquí, también, la cuestión del padre nos reenvía al campo de la filiación. Legendre nos advierte que no habría manera de aproximarse acertadamente a los hechos que muestran en la sociedad la subversión de las prohibiciones fundantes de lo humano si no se toma en cuenta el estado de cosas en torno a la filiación. Porque la introducción de la división de los lugares padre-madre-hijo, y la sucesión del sujeto en esos lugares -de hijo a padre, para el caso-, al impedir que se ocupen al mismo tiempo dos casillas genealógicas, opone un obstáculo al impulso incestuoso, desenredando el tenebroso “nudo de serpiente de los lazos de sangre”.²¹

III. La carencia de la función paterna

Situar al padre como clave del orden simbólico exige la discriminación de los niveles en los que el padre del sujeto participa en la escala de la familia humana.

En el drama edípico el sujeto entra en lo simbólico por la vía de lo imaginario, por la relación de rivalidad que suscita para el niño la imagen de un padre omnipotente. Pero la operación simbólica de la castración implica la noción de que en el

19 Cfr. Lacan, J. *Seminario 16*, Inédito, Clase del 29 de Enero de 1969.

20 Lacan, J. *Lo simbólico, lo imaginario y lo real* (1953). Inédito.

21 Eluard, P. Citado por Legendre, P. Op. Cit.



Otro hay alguien que participa a nivel real de su potencia: el padre se introduce en el orden simbólico como un elemento real, y precisamente por esto, porque se encarna en personajes reales, la función misma resulta problemática y la historia del sujeto se halla marcada por la incidencia de este padre, también profundamente desequilibrada por su ausencia.²²

Cuando el padre real no está dispuesto a encarnar imaginariamente para el niño al rival omnipotente y terrorífico del juego soportando el fundamento del orden del mundo, cuando no está en condiciones de ejercer, de imponer y de transmitir la prohibición, el imperativo de separación con respecto a la madre, en ese punto nos encontramos con la carencia paterna bajo la forma de carencia del padre real. Una carencia que deja abierta para el sujeto todas las posibilidades de una castración primitiva, no dialectizable, bajo la forma de la devoración materna.

Pero no habría manera de sostener la falla de la función paterna en la presencia o en la ausencia real del hombre en la familia, ni en sus conductas caracteriales, en su fuerza o su debilidad, o en su normalidad, ni siquiera en su posición normal en la familia, porque el padre no es, en el complejo de Edipo, un elemento real, por mucho que sea en lo real que deba intervenir para dar cuerpo a la castración. ¿Cómo entender, si no, que aún en su ausencia un Edipo pueda llegar a constituirse?²³

Tercera vuelta del espiral que nos conduce, finalmente, a diferenciar la carencia del padre real de la carencia del padre en el complejo. El padre es un significante que interviene metafóricamente, ya lo habíamos dicho; sustituyendo al significante del deseo de la madre da lugar a una significación nueva por la cual, porque el objeto se instaure como perdido en esa operación, el niño supera la relación de inmediatez con la madre creando el espacio para su propia palabra, para su propio deseo, abriéndose a la posibilidad de la búsqueda de otra cosa, en donde se sitúan los objetos sustitutos.

El padre entra a título de una palabra en la cadena significante ya abierta para el niño por la primera simbolización de la ausencia de la madre; lo cual supone que sólo podrá intervenir, carente o no, en el espacio de esa ausencia, de esa constatación de la falta en la madre, que para el niño se plantea como una pregunta: ¿Qué quiere ella de mí? El significante paterno es, pues, la condición necesaria para que la *x* que significa el deseo de la madre se deslice más allá de ella; pero la precondition de su intervención, por así decir, es que para la madre la palabra del padre sea sancionada como

22 Cfr. Lacan, J. *El Seminario. Libro 4*, Op. Cit, 213.

23 Cfr. Lacan, J. *El Seminario. Libro 5*, Op. Cit, 179.



un mensaje de interdicción que hace obstáculo al deseo incestuoso. No se trata, tampoco aquí, de la cuestión sociológica de las relaciones personales entre la madre y el padre, sino de las relaciones de la madre con la palabra del padre.

Ahí se juega el destino del sujeto y, más allá de la carencia paterna, las dificultades quedan referidas al hecho de que la posición del padre sea cuestionada por la madre en la medida en que no admita que su palabra representa la ley simbólica a la que ella misma debe hallarse sujeta. Y también al hecho de que el padre, representante de la idea última de la legalidad humana, encarne, por lo contrario, lo unilateral y lo monstruoso proponiéndose como quien hace la ley.

IV. La función del padre en cuestión. El fenómeno del sicariato

Intentaré en lo que sigue, a partir de los elementos conceptuales trabajados, abordar la cuestión del padre tal como ella puede leerse en la investigación de Alonso Salazar en su texto titulado *No nacimos pa' semilla*, publicado en 1990.²⁴ Quiero circunscribir la lectura al asunto de mi interés, pero hay algunos elementos del texto que no puedo pasar por alto, en la medida en que hacen al contexto en el que el fenómeno del sicariato es presentado e interpretado por el autor.

El fenómeno es pensado como síntoma de un largo proceso de desarraigo social y familiar, favorecido por las condiciones precarias de subsistencia de la población joven de los barrios de las comunas nor-orientales de Medellín; afirmado en la ausencia del Estado, que se reduce a los agentes de los cuerpos de policía y seguridad, cuya función pervertida se manifiesta entre los polos de la complicidad y la impunidad; arraigado en ciertos elementos destacados de la cultura paisa -el afán de lucro y el espíritu de retaliación-; finalmente, afincado en la emergencia de ideales tales como la búsqueda a cualquier precio de la promoción social y económica y el status de bienestar, según los estereotipos del mercado de consumo. Todo esto sobre el telón de fondo del deterioro del proyecto fundacional de la nacionalidad del siglo XIX y del fracaso de la clase dirigente en la construcción de un proyecto político y civil renovador. Vistas las cosas desde la perspectiva de su punto de partida en el deterioro de los proyectos fundacionales del país moderno, se diría que han sido necesarias tres generaciones para producir un sicario...

24 Salazar J. Alonso, *No nacimos pa' semilla*. Centro de Investigación y Educación Popular CINER, Bogotá, 1990. En lo que sigue, las expresiones textuales de este libro serán citadas entre comillas.



Tengo que decir también que la reseña histórica que el texto destaca en palabras de quienes en él han contado su vida horroriza, y que su impacto me condujo a plantear la pregunta con la que inicié este trabajo. Es sabido que el fenómeno del sicariato se inserta, como una vuelta más, más tenebrosa, de la espiral infernal de violencia que ha azotado al país en los últimos años. Continuidad de la violencia política que, una vez perdido el norte que proporcionó la lucha por los ideales de los partidos políticos tradicionales, nutrió una segunda violencia entre los grupos de asentamientos de desterrados por la posesión del territorio, aunada al odio, a la venganza y al cobro de las viejas cuentas pendientes.

Una variedad de desplazados-colonos que tuvieron que derrotar la selva y enfrentarse también a la respuesta y los ataques de los agentes de la ley, para ir a parar, finalmente, a las laderas de la ciudad. La violencia entre las bandas de sicarios, entre ellas mismas por el territorio, por el puesto en el negocio de la droga y de la muerte por encargo, y por las mismas cuentas pendientes entre las familias, originó otra violencia más, ejercida por la mano de las autodefensas en los barrios, que se extendió bajo la forma de grupos de limpieza social, amparados por las autoridades y por sectores sociales “respetables”. Este es el panorama.

Ahora bien, el texto se precia, y no es para menos, de ser un documento en el que el fenómeno del sicariato se aborda a partir de las versiones de los protagonistas, de sus madres, amigos y enemigos, del cura de una de las parroquias más candentes, que afirma que su presencia es todavía respetada, si bien avalada en una práctica religiosa que sostiene “el que peca y reza empata”... Ni una sola palabra del padre en este texto de la investigación, al final, sobre el padre, cuando el autor, teniendo en la mira la tradicional figura materna fuerte de la cultura antioqueña, acude al hecho de la ausencia física del padre o a su falta de presencia en la familia, para sostener que, por esta razón, el sicario no reconoce la ley que le impide matar.

Pero, dada la ausencia de la versión del padre en el texto, podemos preguntarnos: ¿Alguien le ha dado la palabra? La pregunta se impone en la medida en que no es este el único espacio discursivo en el que “citar” al padre no tiene lugar. ¿No estamos aquí frente a una ilustración del debilitamiento social del padre, que se traduce en un discurso del que el mismo significante padre ha sido excluido y que no hay entonces manera de representarlo como sujeto de la palabra? ¿Dónde está el padre? Ciertamente las estadísticas informan acerca de la ausencia del padre en las familias. En ese sentido se afirma que buena parte de los jóvenes integrantes de las bandas de sicarios proceden de hogares sin padre. Pero si nos atenemos a los testimonios que el texto nos ofrece, nos encontramos con sorpresas, aún en el plano de una perspectiva *familiarista*



del asunto. El párroco sostiene que muchos de los muchachos que tomaron la vía del sicariato son “hijos de familias muy honorables, que les han brindado el ejemplo de la educación y el trabajo honrado”; lo sabe porque los ha visto crecer... y se queda sin recursos explicativos sobre el origen de la falla.

La madre de un muchacho enjuiciado, al tiempo que manifiesta su extrañeza ante la sentencia condenatoria -su hijo no sólo era bueno en el fondo, sino que mató a un indeseable por el que no habría que pagar- se pregunta con dolor en qué pudieron haberse equivocado, qué pudo haberle faltado si el padre invirtió la vida en un trabajo honrado y ella no ahorró desvelos. Resulta claro, pues, que aún siendo procedentes de los sectores más pobres de la población, no por ello las familias de estos muchachos pueden ser catalogadas todas como “disfuncionales”. A menos que agreguemos otro elemento que el texto nos enseña: que estas familias honorables se oponen en un principio al “rebusque” de los hijos pero luego, dinero, regalos y lujos de por medio, se muestran tolerantes, se hacen cómplices, los patrocinan y mandan decir misas “para que la Virgen los proteja”.

Atendamos ahora al decir del sicario que este texto hizo famoso, “La madre es lo más sagrado que hay, mamá no hay sino una, papá puede ser cualquier hijueputa”, para leer en él que, así exista en la familia, el sicario se piensa como un hijo sin padre reconocido en tanto que tal. De la ausencia del reconocimiento del hijo por el padre, tantas veces señalado, manifestado en el hecho de que el padre no le da al hijo el apellido, elemento identificatorio fundamental que lo inscribe como sujeto en el lugar del Otro simbólico, pasamos, en consecuencia, a la ausencia de reconocimiento del padre por el hijo. La paternidad no ha quedado inscrita en la vida del sicario ¿cómo entonces habrá podido ser instituida la vida en él? En esta ausencia se inserta su imposibilidad de pertenencia a un linaje paterno que pueda transmitir a su descendencia, algo que él manifiesta en forma extrema: “es que no importa morirse, ...uno no nació pa'semilla”.

Destituido el padre en su función, ha tomado su lugar la omnipotencia absoluta. Preso de la madre, sometido a la ley de su capricho, el paso del sicario por la experiencia de la falta en ella se detiene en proporcionarle objetos imaginarios de satisfacción, así la colma, la repara. En ello entrega su vida, “de todos modos la lleva perdida”. Es a esto a lo que el autor se refiere como “una inexplicable opción de sacrificio por el bienestar de la madre”. Así las cosas, en esta versión de la vida-para-la-muerte del sicario, no hubo encuentro con la palabra paterna, salvadora, que hubiese podido desplazarlo de su condición inicial de objeto que colma la falta en la madre, para conducirlo por la vía del deseo.



En el texto se hace manifiesto que la primera generación de sicarios, jóvenes procedentes, como se ha dicho, de los sectores más pobres de la población, tenía como objetivo conseguir dinero “para estar bien, para vivir a la lata y ayudar a la familia”, para realizar sus anhelos y ser los protagonistas de una solución que no se venía venir por ningún camino. Pero la opción del sicariato al margen de la pobreza no está excluida: no sólo por la necesidad, dicen, “también porque me nacía” o “por mantenerme bien, con lujo”. Aún si desconocer la relación real entre el contexto socio-económico y el fenómeno del sicariato, salta a la vista que la miseria más radical de la subjetividad en juego en este caso es una miseria del deseo. Lo que no hay es la posibilidad de desear, con lo que esta posibilidad implica de reconocimiento a la Ley que ordena la vida de un sujeto en sociedad.

En ausencia de Ley fundante, más allá de los códigos legales, la relación social del sicario se despliega en lo que de más mortífero tiene su estatuto imaginario: la muerte no se detiene, la del “encargo”, la del enemigo, la del amigo para asegurar ante el líder que no se es “faltón”, la de cualquiera por arrebato o “por deporte”. La propia, finalmente, que es el precio que se anuncia por anticipado, la que se le pide a Dios que venga “de una, para no tener que sentir tanta miseria”, para no darse cuenta, así sí uno muere “en su propia ley” y “con amor, al fin de cuentas la muerte es el negocio”.

La muerte reina, propia o ajena, como medio o como fin, exenta de la significación que le aporta la vida instituida por el deseo, convertida en objeto de transacción económica, incorporada como elemento a la vida cotidiana bajo el imperio de modelos, de ideales de comportamiento y de consumo que se potencian uno al otro: la infatuación imaginaria y la fetichización del dinero. La lectura permite sostener las referencias del sicario en el líder de la banda, “el duro”, y en el estereotipo estrafalario del mafioso.

Que la palabra del padre no sea transmitida por la madre al hijo, como mensaje interdicator sobre el mensaje en bruto de su deseo, tiene por efecto que él se haga cargo en lo imaginario de lo que ella quiere. El sicario adquiere la obligación de darle lo que el padre no le dio y de esta forma, de paso, pone en escena la impotencia del padre, digamos su carencia de padre real y más allá, la ausencia de su función fálica. Como contrapartida simultánea la madre no acusa recibo del mensaje del padre dirigido a ella, no se somete a su ley.

Madre e hijo sicario están hechos el uno para el otro en una relación de completud imaginaria que el texto permite evidenciar en un discurso en espejo en el que sólo el pronombre cambia según quien lo enuncie: “ella [yo] ha estado conmigo [con él] en las buenas y en las malas”. Incondicionalmente.



Orientame

UNIDAD DE ORIENTACION
Y ASISTENCIA MATERNA

Todas merecemos
respeto, apoyo
y orientación

Salud Sexual y
Reproductiva para
la Mujer y la Pareja

TEUSAQUILLO: Cr. 17 No. 33-50

Tels. 285 09 10 • 285 55 00 • 285 11 62

ANTIGUO COUNTRY: Cr. 20 No. 85-76

Tels. 218 20 03 • 616 50 54 • 616 76 29

SANTA ISABEL: Cr. 30 A No. 0-19 Sur

Tels. 237 56 73 • 360 33 80 • 360 34 41

Que no hay allí padre en función se manifiesta de la forma más espectacular en otro elemento que atraviesa todo el texto; su trasfondo es el sentimiento religioso, presente con una fuerza extraordinaria. Pero no es el Dios-Padre que ordena el mundo y crea obligaciones a quien el sicario invoca en su rezo: es un Dios permisivo, “entonces uno puede hacer cualquier cosa”, y el sicario mata con el perdón de Dios; un Dios a quien se le pide no fallar la puntería o tener la zagacidad para adelantarse a su asesino: “al que madruga, Dios le ayuda”.

A Dios se le reza, dice un sicario, pero sobre todo a la Virgen, “es que María es la madre de Dios y la madre es lo más grande que hay”. Nos hallamos aquí frente a la inversión del valor y del lugar que en la religión de los sicarios ha tenido Dios-Padre con respecto a la Virgen-Madre. “Dios ha sido destronado”, según la conclusión del autor.

En aquello que nos es presentado como el “binomio de oro” del sicario, virgen-madre, podemos leer, por la exclusión del componente de la sexualidad materna que sugiere, la ausencia de la función paterna. Pues si la madre es virgen no hay allí padre; carente o no el padre, no es su función aquello que opera para constituir al objeto del deseo como perdido, para instituir la dimensión de la falta, y para inscribir la prohibición. Habrá que preguntarse si el padre ha desistido o si le ha sido sustraída la materia sobre la cual ejercer su función. ♦